



La ternura del padre

Martín Berasain

La ternura del padre

Qué pasa con el afecto del varón

 **Lugar**
Editorial

Berasain, Martín

La ternura del padre : qué pasa con el afecto del varón / Martín Berasain. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Lugar Editorial, 2021.

148 p. ; 20 x 14 cm.

ISBN 978-950-892-708-8

1. Psicología. 2. Psicoanálisis. 3. Padres. I. Título.

CDD 158.24

Diseño de interior: Silvia C. Suárez

Diseño de tapa: Lucas Do Brito

© Martín Berasain

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, en forma idéntica o modificada y por cualquier medio o procedimiento, sea mecánico, informático, de grabación o fotocopia, sin autorización de los editores.

ISBN: 978-950-892-708-8

© 2021 Lugar Editorial S. A.

(C1237ABN) Castro Barros 1754

Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

Tel.: (54-11) 4922-3175 / (54-11) 4924-1555

WhatsApp 11-2866-1663

lugar@lugareditorial.com.ar

www.lugareditorial.com.ar

lugareditorialdigital publica.la

facebook.com/Lugareditorial

instagram.com/lugareditorial

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en la Argentina – *Printed in Argentina*

Índice

Introducción	11
La relación afectiva entre padres e hijos	
Las emociones agradables.....	31
El amor en la evolución	35
Los sentimientos tiernos.....	43
La bondad.....	49
La empatía	59
El padre y los vínculos familiares	
El contacto amoroso	71
La familia actual	79
Hombría y paternidad	91
La ternura del padre	109
Comentarios finales	121
Epílogo	133

*No es necesario ser tierno.
No es necesario ser una emoción.*

*Alcanza con ejercitar
todas las emociones.*

*Es inteligente que cada una
se active y resuene en su justa medida.*

Introducción

“La ternura del padre”, es la reedición ampliada del libro que hice en el año 2012. Las ideas y la mayoría del texto coinciden con lo que vengo trabajando desde esa época.

Para que el libro conservara el sustrato y la forma principal de entonces, preferí hacerle contadas modificaciones. Esos ajustes respetan la esencia, al profundizar un tema escasamente tratado: la ternura del padre.

Todo indica, que actualmente se resquebrajan las máscaras y corazas del machismo en muchos países. En esa proporción, las mujeres podrán elegir varones que incorporen una sensibilidad

y expresividad ampliada, hombres que puedan amarlas en un plano de mayor igualdad.

Los hombres se han visto excluidos de poder integrar cómodamente ciertos aspectos sensibles durante milenios, con riesgo de perder prestigio y atractivo ante muchas mujeres. Hace tiempo atrás, se confundía esos rasgos y comportamientos sensibles con debilidad, en vez de protección y acompañamiento asegurador, como en realidad lo son.

Aun cuando conviven en la elección de algunas mujeres cierta preferencia por rasgos marcadamente machistas, contrarios a la expresión de ternura, se anuncia actualmente una apertura en ellas y en ellos, a la integración de ternura como expresión que se combina con la personalidad¹.

En este libro trato de la relación entre paternidad y ternura del varón por los hijos. Entre la paternidad y los afectos paternos. Más específicamente sobre la influencia e integración de estos en la relación actual del padre con sus hijos.

El rol del padre está cambiando en distintas sociedades. Y seguirá haciéndolo.

1. Hablaré en las páginas que siguen indistintamente de “ellos” los hombres y de “nosotros” los hombres; sintiéndome parte y muy a gusto con el género masculino al que pertenezco.

Hay distintas expectativas y deseos sobre el compartir con los niños los momentos cotidianos de crianza, y ver de cerca el crecimiento de ellos. Muchos varones comparten con sus vástagos tiempo y actividades de calidad como parte de sus logros y disfrutes.

Esto traerá consecuencias positivas en las nuevas generaciones, en términos de salud.

No hay familia y sociedad sin padre. Vale decir: sin padres.

No hay “buen padre” que no intente estar a la altura de las circunstancias, de su amor, de la provisión material y de la puesta de límites; de la inculcación de valores e instrucción y guía de los jóvenes. Esto transcurre en tiempo real, en el compartir periódico. Al estar acompañando situaciones y vivencias de los niños y adolescentes.

Hay escrito realmente poco sobre afectividad masculina positiva, por comparación a otros temas. Más aún, cuando el mismo incluye los afectos del padre; ya que referimos la afectividad materna naturalmente instalada en las mujeres, como el amor más puro. Siendo que el amor puro y entrañable del varón por los hijos, así como sus expresiones, quedan dados por supuesto y sin demasiada referencia primordial.

Sin embargo, en gran proporción, casi nada existe sin el rol y los afectos de quien, siendo adulto, ocupa las competencias y funciones que le corresponden al padre, a un verdadero padre; un adulto que, incluido en lo social y desde una gestión vincular, da cuerpo al apuntalamiento, provisión y guía de los niños y jóvenes.

No hay sociedad indiferente a las características y estilos de masculinidad adulta y a la relación que establecen los padres con los hijos. Estos vínculos ejemplares, la presencia de enseñanzas y educación amorosa, también en la puesta de límites: tallan hondamente en los jóvenes, formando conciencia y futuras actitudes.

Partiendo de esa base me pregunto qué relación existe entre los sentimientos y la paternidad; entre los afectos y el contacto periódico, con una paternidad presente y amorosa. Más integrativa. Más emocional en lo expresivo, firme en la enseñanza, presente.

Consideremos que también en psicología se ahondó menos sobre los afectos paternos y sobre la emoción de ternura que sobre otros temas. Ni qué decir sobre la ternura del varón, asunto postergado en ciencias sociales y en reflexiones que

podrían sustentar una indagación profunda de los afectos del padre con los suyos.

Abunda excelente material sobre maternidad y sobre la vivencia gozosa de las mujeres al ejercerla. No así sobre los vínculos entre el padre y sus hijos, considerando los sentimientos e interacciones del padre con ellos, así como las consecuencias de estos como constituyentes de subjetividad.

En este sentido, se ha cifrado como virtud y condición del buen desarrollo psicológico al amor materno y a las habilidades de crianza que parten de las madres, espaciando reflexiones sostenidas sobre la afectividad paterna: como talento y condición del buen y sano desarrollo de los niños y jóvenes.

La autoridad principal era paterna/masculina, coincidían al decir, relatos culturales antiguos. Presentes en todas las sociedades patriarcales.

Se ha sostenido, en cambio, que la dulzura y suavidad tienen nombre de mujer. Polaridades que oscilan y pueden integrarse, en el mejor de los casos futuros.

Las divisiones polarizadas de roles y tareas, tienden a coincidir, al extremo, con las funciones que hombres y mujeres realizan de antaño en el mundo.

Partiendo de la disposición maternal corriente, en la mayoría de las sociedades (como más adelante refiero con la cita de autores), gestar, parir, amamantar y nutrir, arropar, proveer cariños y contactos cálidos se engloban en la disposición femenina al cuidado y nutrición de las criaturas. Mientras que en este cuadro, los hombres quedan en segundo lugar y desarrollo de competencias para compartir afectos placenteros con los niños y jóvenes, así como funciones de acompañamiento afectuoso con ellos. Tal es así, como se verá a lo largo del texto, que se ha supuesto propio de la afectividad adulta con los niños y jóvenes una autenticidad mayor por parte de las mujeres y escasos modelos propiamente masculinos de expresión cariñosa viril.

Para equilibrar la carencia de información valiosa y al alcance de todos, incorporé citas de prestigiosos especialistas en masculinidad y estudios de género reconocidos a nivel mundial. Previo a eso hice una exhaustiva búsqueda del material para insertarlo y enriquecer el texto. Con esta selección busqué limitar posibles sesgos, de los que no está exceptuado un autor.

Estimado lector, estas páginas no surgieron de un desvelo, no son frutos trasnochados. Proviene

de años de trabajo psicoterapéutico con pacientes, de lecturas diversas y atentas, de mis reflexiones personales, unas y otras veces contrastadas con la realidad de vínculos humanos. Y, como dije más arriba, son la reedición y revisión del libro que presento nuevamente, sobre este tema tan sustancial y olvidado, del que vengo explorando por aquella fecha.

Como psicólogo adhiero a pensar que la criatura (el ser humano) viene al mundo mayormente desprovista de ideas y de su formación moral e intelectual, así como de las habilidades e instrucción que le son provistos en vínculos de afecto con adultos.

En algo más que una decena de años, se despliegan las bases de la personalidad, la formación primera de la consciencia, junto a un despliegue de capacidades y maneras de ser, de responder y actuar con significados psicológicos.

Esto no significa que las conversaciones psicoterapéuticas se orienten a hablar de la ternura con frecuencia, ni tiene por qué ser así.

Digo acá, lo repito luego, la ternura es un componente emocional más; no el único. Uno principal y distinto a otros. El cual se ha pasado por alto, al paso y sistemáticamente.

En la psicoterapia, disciplina de la que partí para observar estos fenómenos que comparto a todo público, tenemos la idea de que: las emociones se entremezclan con las conductas, pensamientos e interacciones, retroalimentándose.

Una frase característica en psicoterapia es: “no son los hechos los que nos afectan, sino lo que pensamos de ellos”. Indicando que la evaluación, razonamiento y pensamientos automáticos que nos hacemos de los hechos influyen en la ocurrencia e intensidad de las respuestas y expresiones emocionales.

Popularmente se acepta que la ternura es la emoción de los niños, cuando estos son muy pequeños. Y decimos de ellos: “Ah, qué tierno”. Dejando salir con gracia una exhalación.

En los adultos se expresan, al igual que en la mayoría de los mamíferos, actitudes y gestos de cuidado amoroso hacia las criaturas. Tal es así, que cuando vemos a la hembra de alguna especie acurrucar y alimentar al recién nacido decimos: “Ah, qué ternura”². O podemos pensar así sin contradicción.

2 Respecto la expresión: “Ser tierno”, explicaré más adelante que no conviene ni es correcto identificarse con una emoción. Y el porqué. En principio porque cada expresión emocional tiene funciones distintas y especiales.

También hay ternura en el trato hacia los ancianos, hacia los padres, en las relaciones de pareja, con los amigos; la cual se expresa de manera más sutil y huidiza a la observación.

Como dije, en estas páginas trataré principalmente sobre la forma más huidiza y “olvidada” que es “la ternura del padre con los hijos”.

Nuestros prejuicios llevan a confundir esta emoción con blandura y debilidad.

El cariño es una forma básica del amor que se instala en las familias desde los primeros vínculos, y la primera edad del ser humano.

Es interesante poder preguntarnos si esta emoción corresponde a un patrimonio ancestral y privativo de las mujeres, o si se desarrolla diversamente dentro de la especie y de los individuos adultos, incluyendo auténticamente a los padres.

¿Qué relación hay entre el padre y los afectos tiernos? ¿Siempre fue así? ¿Hoy es distinto? ¿Por qué?

En estos años practiqué la psicoterapia diariamente. Las problemáticas y relatos de los pacientes me motivaron a escribir estas páginas. Me hallé frente a historias y estilos psicológicos de lo más singulares, únicos, como así, en el promedio de

cientos de casos, fenómenos que muestran regularidad.

Anteriormente calificué a la emoción tierna como “proscripta”. Quise significar con ello que se trata “a la ternura” con cierta invisibilidad, descuido y hasta con ignorancia científica. Cuando esto pasa, se exagera su ausencia.

Pienso que es una afectividad más, tal vez subdesarrollada en algunas personas e híper-desarrollada en otras.

Dentro del saber popular y de los discursos que resaltan la importancia de las emociones: no hay un hablar sobrio sobre la emoción tierna, que la incluya con cierto rigor, como a una emoción más; o la empareje y destaque su importancia.

Comencé a interpretar esto, ya que, por más incómodo que sea, hoy los varones reclaman (reclamamos) la posibilidad de expresar la totalidad de sentimientos y afectos sin incurrir en conductas reduccionistas, y que éstas menoscaben nuestra hombría, mitad esencia y mitad cultura.

Por el lado de las mujeres, como dije, tradicionalmente han reclamado el cuidado de sus parejas y la expresividad sensible de los hombres junto a la firmeza y actividad masculina.

Me llamó la atención el fenómeno del machismo llevado a la paternidad, así como sus consecuencias. El trato duro y desinteresado de algunos padres con los niños o los jóvenes ocurre más de lo que se sospecha; aunque, también hay que decirlo, la dureza y el desinterés no recubren la totalidad del trato de la mayoría de los padres con sus hijos.

Conocí a muchas personas que destacaron no ver o no comunicarse con el padre luego de haber convivido los primeros años, o que su comunicación era distante, poco afectiva o fría. Simplemente me pregunté: ¿por qué? Esas situaciones se emparentan, frecuentemente, con otras causas y ocasiones, y son motivo de sufrimiento. Como dije, también hay relaciones donde prima la armonía y el buen entendimiento.

Me llamaron la atención, también, mujeres que priorizan las relaciones amorosas y que, sin embargo, viven décadas con hombres de perfiles intolerantes, en grado sumo, del estilo agresivo, u otras relaciones donde referían sentirse perjudicadas y cuyos maridos y parejas tenían un trato desabrido con los hijos. Unas por miedo y sintiéndose aprovechadas, otras porque no vislumbran mejores horizontes. O simplemente por ignorancia y falta de educación para las relaciones amorosas.

La ignorancia debe ser sanada con educación y con ejemplos. Acá van estos motivos de mi reflexión como aporte a una mayor igualdad entre varones y mujeres.

Es admirable cómo la ternura aparece siempre adscripta al mundo de la mujer y de lo infantil. Como si debiera segregarse y opacar en el adulto, conforme a ciertos modelos sociales vigentes. En especial si el adulto en cuestión es varón.

Las emociones más reconocidas son la ira, el miedo, la tristeza, el asombro, la vergüenza, el asco, la culpa, el amor, la compasión, el erotismo, la alegría, el orgullo, dependiendo del autor y de la conceptualización.

En la mayoría de los casos y en nuestra mente, no se incluye a la ternura como una emoción más, ni se habló de esta con profusión como del resto, dentro del marco científico y de las explicaciones razonables.

Se dice al descuido que las mujeres son tiernas, marcando, implícitamente, una mutua exclusión entre la activación de ternura y masculinidad y una integración no tan definida –o habitual– entre paternidad y ternura. Siendo un motivo de este libro: su existencia en la paternidad y la vigencia en el corazón de los padres de hoy.

Además, toda expresión emocional no es siempre una expresión masiva, hiper-intensa y permanente, sino que se ve en detalles, en la forma que tal o cual persona reacciona con una variedad de gestos y actitudes. Y toda activación emocional tiende a sucederse por otras y aparecer con frecuencia variada.

Aunque a mis ojos se trata de un componente de la vida afectiva, en los relatos y explicaciones comunes se disocia muchas veces la ternura de los varones adultos y padres. Cuando no, su expresión provoca cierto nerviosismo.

Una parte de esa incomodidad, depende de la falta de explicaciones que nos presenten claramente una de las emociones. Cosa que quiero subsanar contorneando y mostrando estas ideas.

Otra parte de esa incomodidad, depende de legados milenarios y culturales que le asignaron género a una sola de las emociones. Cosa que no acuerdo. Digo: quién escribe no acuerda que una sola de las emociones tenga y sea expresión propia de un género.

Me pregunto por qué en situaciones de lo público existe un resquemor con la palabra ternura o se la nombra con suficiente resguardo, cuando en la vida privada se admite la importancia de los

afectos, de la suavidad y del contacto cálido. Y por supuesto en las canciones románticas, caramelos del espíritu, las cuáles siempre refieren a la relación apasionada entre los sexos.

No pienso que la ternura sustituya ni deba sustituir a la variedad de afectos y emociones.

Cada emoción o una proporción de ella puede ser óptima en una situación, para reaccionar adaptativa y eficazmente, pero no en otra. Lo mismo vale para esta y para los afectos y actitudes. Aun admitiéndole valor positivo e intuyendo que puede ser tan antigua como la humanidad, debe ocupar su lugar al expresarse en los vínculos y relaciones íntimas, sin oponerse a las distintas actividades del hombre ni a la importancia vital de la inteligencia y del rendimiento, tan necesarios para el progreso eficiente y técnico de la cultura.

Mi pensamiento es integrativo, intentando ser abierto y múltiple, para plantear los afectos amorosos como un elemento más de la vida emocional. Una pizca de ellos aportará a la conformación de vínculos de apego más sólidos entre padres e hijos; sin quitar importancia a la puesta de límites y a la enseñanza de valores humanos y ciudadanos, tan útiles para la convivencia.

Reflexiono sobre los afectos y emociones positivas en los vínculos humanos, en especial entre el padre y los hijos.

El alimento afectivo constituye y forma a la persona desde la calidez y el contacto que circula en las relaciones entre los progenitores o quienes cumplen las funciones de crianza y de los jóvenes. Los varones también hacen su aporte de cariño a los hijos a través de la intención y de las relaciones cotidianas en lo que se vislumbrará en los próximos siglos y en algunas sociedades como una paternidad más nutritiva y emocional, regida por la integración de una autoridad firme y por afectos del corazón.

Esto no significa que la paternidad se limite a los afectos, sino que estos son un componente fundamental de los lazos entre padre e hijos.

Entrego estas preguntas al comienzo de nuestras páginas: ¿Hay relación entre paternidad y ternura? ¿Cuál? ¿Cuáles? ¿Siempre ha sido así? ¿Una emoción puede ser condicionada culturalmente? ¿Lo genético influye o determina? ¿Existe un instinto paterno? ¿El trato amoroso paterno se integra con la autoridad y la puesta de límites?

En la primera parte, presento la caracterización de los afectos amorosos realizada por prestigiosos

autores y los relaciono con la benevolencia y la empatía; haciendo referencia a su presencia y valor actual en los vínculos familiares, con especial hincapié en la masculinidad y en la paternidad.

Una cuota mínima de teoría abrirá la comprensión práctica y tangible del texto para que siga ágil y sencillo. La simpleza de las palabras no abandona la profundidad ni el interés por el tema: una paternidad más expresiva, su existencia en un mundo donde se construyen versiones más integrales de identidad y desempeño entre varones y mujeres.

Luego relaciono la bondad, la empatía y el amor con la formación de las familias actuales y sus vínculos, y con las relaciones sentimentales. Intento describir ciertas regularidades en las relaciones actuales entre varones e hijos y una paternidad más participativa en la crianza, más comprometida, que también incluye una expresión más suelta de los afectos.

Dado que en el hombre la paternidad se diferencia notablemente de la mayoría de las especies, es claro que la cultura talla y forma, haciendo de la paternidad y de la masculinidad hechos que se construyen en un intercambio permanente entre lo innato y lo adquirido, entre los significados culturales y lo psico-emocional.

En cuanto a pensarla más influida por los instintos o por la cultura y por la historia del individuo, sin desestimar las determinaciones que trae el hombre en sus genes –desde los albores de la humanidad–, en cada sociedad se producen modos y estilos de paternidad, conforme a su organización, a los modelos propuestos y relaciones entre los sexos. Esto da un carácter de construcción que supera enormemente a los animales y nos diferencia cualitativamente de ellos.

Las realidades psicológicas están provistas de lo personal, del sentido propio; a su vez, surgen del marco o contexto más amplio, de una realidad colectiva, plural. Las relaciones de los padres con los hijos surgen de ese marco más amplio, cultural, histórico; dentro del cual los varones padres conviven con los hijos y se vinculan con ellos.

Presentado el tema invito a leer sobre el trato amoroso del padre con sus hijos.

Sabemos que los sentimientos tiernos, tradicionalmente, han tenido un fuerte sesgo femenino. Al incorporarlos, los varones protagonizan relaciones más satisfactorias con sus hijos. Debemos tener en cuenta que el amor del padre y su caricia firme, junto a su presencia, son fundantes de la cultura y del individuo; están junto al amor de madre en

la base de la cultura como alimento afectivo y germen de una autoestima segura.

Se nos hace más fácil sostener un discurso que enaltezca el amor materno, sus cuidados alegres y desinteresados. Es más fácil que una reflexión sostenida sobre el amor del padre.

“La ternura del padre”, y las actitudes de interés y cuidado por el desarrollo de las criaturas conforman una paternidad más expresiva; apuntalan y acompañan el crecimiento de los niños y de los jóvenes.



La relación afectiva
entre padres e hijos